

asombrosos efectos de sus encantamientos; y sin esperar á mas razones, volvió corriendo á la ermita, llenó al Santo de injurias y de improperios, y le intimó de parte del obispo que no pasase adelante. Detúvose inmediatamente el Santo; y despues de dar muchas gracias á aquella precipitada mujer por la mala obra que le habia hecho, se reclinó para descansar sobre una piedra, en que dejó milagrosamente estampada la figura de sus rodillas y de su brazo, como se registra hasta el dia de hoy en su iglesia. Llegó poco despues S. Faron, y admirando las maravillas con que manifestaba Dios la santidad de su siervo, le rogó que continuase en la obra del recinto, y el mismo obispo fué testigo del prodigio.

Mientras Fiacro vivia tan quieto, tan sosegado y tranquilo en su santa soledad, murió el rey su padre, y le sucedió en la corona de Escocia su hermano menor Fercardo; pero teniendo la desgracia de dejarse inficionar de la herejía de los pelagianos, y habiéndose precipitado en los mayores desórdenes, fué depuesto por una junta general de los estados, tanto por sus errores, como por sus excesos. Era preciso señalarle sucesor, y todos los estados convinieron en dar la corona á Fiacro, á quien pertenecia de derecho. Enviaron sus diputados al rey de Francia Clotario II, suplicándole emplease toda su autoridad en obligar á Fiacro á que se restituyese á Escocia. Sobresaltóse el Santo, y con el miedo de que no le arrancasen por fuerza, suplicó con instancias al Señor que le hiciese leproso de repente, esperando con este especioso artificio conservarse en su pobre celdilla, y hacer el generoso sacrificio de su reino. Salióle bien el piadoso estratagema. Cubrióse al parecer de una asquerosísima lepra, á cuya vista se llenaron de horror los diputados, y se contentaron con decirle friamente que en su mano estaba ir á tomar posesion de la corona que le pertenecia; bien que ellos no se atrevian á instarle á que abandonase su amada soledad. Presto se convinieron ambos partidos. Respondióles el Santo, que él no trocaba su destierro por todos los reinos del mundo; y que así, podian buscar quien los gobernase donde mejor les pareciese. Apenas volvieron á pasar el mar los diputados cuando la aparente lepra desapareció, y el Santo se quedó tranquilo en su preciosa soledad. Dió nuevo realce á su virtud este ruidoso suceso. Divulgado el esplendor de su real nacimiento, que hasta entonces habia tenido tan profundamente sepultado, creció prodigiosamente el número de los admiradores, dándose prisa á ver y á conocer aquel principe disfrazado en ermitaño. Esta reputacion afligió mucho á su humildad; y siendo cada dia mayor el concurso de los que le buscaban, pidió al Señor que le sacára de este mundo. Concedióselo; y lleno de años y de

virtudes, murió el dia 30 de agosto del año 670, á los sesenta y cuatro de su edad; habiendo pasado los cuarenta en el desierto. Fué sepultado su cuerpo en la iglesia que él mismo habia fabricado con el título de la Madre de Dios; y algun tiempo despues fué trasladado de ella á la catedral de Meaux, donde se conserva espuesto á la pública veneracion en una caja de plata dorada, dádiva de Luis II.

Habiendo obrado tantos milagros en vida, aun fueron mas frecuentes y mas célebres los que obró despues de muerto. De todas partes concurrían á implorar la intercesion de este gran Santo para todo género de enfermedades y de calamidades públicas. Un vecino de Monchi en Picardia iba en peregrinacion al sepulcro del Santo, llevando consigo dos hijos suyos enfermos: todos tres cayeron en un rio muy profundo, y en un instante se perdieron de vista. Cuando ya se les creia sorbidos de las aguas, los viron parecer con admiracion, llevando el padre de la mano á sus dos hijos, y caminando sobre las aguas, que se habian consolidado, hasta que llegaron á la orilla. A este prodigio se siguió el de sanar á los hijos de los males que padecian, y muy poco tiempo despues tras de este milagro obró nuestro Santo otro mas admirable.

Fuéronse á bañar al rio Oysa cuatro muchachos, y todos cuatro quedaron sepultados en sus olas; buscáronse sus cuerpos por mucho tiempo, pero no fué posible encontrarlos. Noticiosas las tristes madres de esta desgracia, acudieron al rio muchas horas despues deshechas en lágrimas; y llenas de confianza en nuestro Santo, imploraron su poderosa intercesion con Dios, suplicándole se compadeciese de los hijos y de las desconsoladas madres. Apenas acabaron su fervorosa oracion cuando vieron venir á los muchachos muy serenos por el rio, los cuales aseguraron despues que S. Fiacro los habia sostenido en medio de las aguas.

Son adoradas en Meaux con la mayor veneracion sus santas reliquias; pero la reina Maria de Médicis obtuvo una porcion de ellas, que se conservan en Florencia; y en el año de 1637, habiendo conseguido el cardenal de Richelieu uno de los huesos de la espina, le hizo engastar en un precioso relicario, que hoy se venera en la iglesia parroquial de S. José de Paris, en la que hay una célebre cofradia en honor del mismo Santo.

SAN PELAYO, ARSENIO Y SILVANO, CONFESORES.

EN la época infeliz que se hallaba España bajo el dominio de los mahometanos, habiendo destruido estos bárbaros mu-

chos monasterios célebres en letras y en santidad, cupo esta desgracia al de S. Pedro de Arlanza, sito en un valle llamado así a tres leguas de la ciudad de Leon. Huyeron los monges que pudieron librarse del estrago; y ocultándose en las cuevas de aquellas montañas; hicieron vida eremítica, sucediéndose unos á otros hasta la restauracion del mismo santuario. Siguieron este tenor muchos insignes solitarios; pero entre todos se distinguieron Pelayo, Arsenio y Silvano, así por su prodigiosa vida, como por los auxilios que prestaron á los cristianos, para que triunfasen de los enemigos de nuestra santa fe.

Florece por entonces en España el famoso conde Fernan-Gonzalez, que si bien distinguido por su ilustre nacimiento, lo fué mucho mas por las memorables victorias que consiguió de los agarenos. Resolvió este valeroso héroe hacer la guerra mas viva contra semejantes enemigos, no con otro objeto que el de librar á los fieles de la dura esclavitud que sufrían bajo el yugo mahometano; y habiendo ganado en la primera salida el castillo de Taranco, una de las mas importantes fortalezas que tenían los árabes, sobrevino á estos una grande tribulacion. Sintió el rey de Córdoba la conquista del castillo, y arrebatado de un furor extraordinario, despachó su capitan general Almanzor con un poderoso ejército, para que vengase la injuria hecha contra los africanos. Supo el conde la venida de los bárbaros, y llamando en su ayuda á todos los cristianos de Castilla, aunque incomparables con la multitud de los infieles, marchó hasta la ciudad de Lara á esperar al enemigo. Parecióle conveniente divertir los penosos cuidados que afligian su corazon, y saliendo á caza con algunos de los suyos, vió á un ciervo ó jabali de una magnitud extraordinaria, que ocultándose entre las malezas de un monte, estimuló á Fernan-Gonzalez á registrar la montaña, con ánimo de cazar la fiera. Llegó con este motivo á una ermita toda cubierta de hiedra, donde halló tres solitarios dedicados al servicio del Señor en aquella espantosa soledad: extrañaron éstos la novedad, y preguntándole Pelayo quién era, y qué se le ofrecia, no le ocultó el conde ni su persona, ni la causa que le condujo á aquel sitio por casualidad. Era ya puesto el sol cuando ocurrió este pasaje, y conociendo Pelayo la dificultad con que podria Fernan-Gonzalez regresar á los suyos, le rogó que se mantuviese con ellos aquella noche. Accedió el conde á las súplicas de los eremitas, que le robaron toda la atencion con sus venerables aspectos, con su afabilidad y con su agradable trato; y despertándose muy temprano con el cuidado de volverse á su ejército, le anunció Pelayo con espíritu de profecía todo lo que le habia de suceder en las

batallas que hubo luego en defensa de la fe contra el moro Almanzor, así en las Hacinas como en la de Cascajares, lugar sobre Arlanza rio arriba en frente de las torres de Carazo. Hablóle de esta manera: *Has de creer ciertamente, que Dios dirige tus expediciones, con cuya asistencia triunfarás de todo el poder de Almanzor: asimismo has de saber, que recuperarás gran parte de la tierra que ocupan los agarenos, y tu felicidad será tan grande, que resonará la fama de tu brio militar por todo el mundo; pero antes de tres dias padecerás grandes angustias, porque verás á tu gente en la mayor consternacion, á causa de una señal espantosa que ocurrirá á su presencia; tú confortalos al instante con las mejores palabras que puedas, que ellos perderán el temor. Vete pues ahora entendido, que encontrarás á todo tu ejército triste, y lleno de sentimiento, creyendo que has sido muerto ó cautivo. Mas yo te ruego, y pido de que despues que venzas á los enemigos de la fe, te acuerdes de este pobre lugar destruido, pues somos tres monges que en él hacemos vida anacoreta, y si el Señor no nos mantuviese, ya nos hubieran devorado las fieras que hay en este monte.*

Tuvo el conde gran consuelo con las agradables nuevas que le dió Pelayo, y refiriendo á los de su ejército cuanto le manifestó el célebre solitario acerca de la actual expedicion, partieron todos llenos de valor á ocupar un sitio ventajoso, desde donde se veia el ejército agareno. En este estado ocurrió el signo espantoso que anunció Pelayo á Fernan-Gonzalez, y fué el abrirse la tierra de repente, y tragarse un caballero con el caballo en que iba montado, que algunos llaman Pero Gonzalez, de la Puente de Fite-ro, cuyo suceso intimidó y alborotó el ánimo de los fieles espantado de aquel suceso funesto; pero alentándoles el conde segun la prevencion ya hecha por Pelayo, acometieron á los moros con tanto valor y con tal impetu, que aunque fué porfiada la resistencia de los bárbaros, al fin quedaron vencidos. Huyó Almanzor precipitadamente, y siguiendo los cristianos á los árabes, dieron muerte á muchos de ellos, y se apoderaron de todos los despojos que tenían en sus tiendas. Conseguida la victoria, pasó Fernan-Gonzalez con los suyos á dar las correspondientes gracias á los tres célebres eremitas, y habiéndoles dejado cuantiosos dones, se retiró á Burgos.

Sintió Almanzor en el alma la derrota que padeció en aquella guerra; pero habiendo implorado el auxilio de los moros del Africa, volvió á Castilla con una multitud innumerable, con firme resolucion de destruir enteramente á los cristianos. Supo el conde Fernan-Gonzalez la determinacion del bárbaro agareno, y

reuniendo su ejército, luego que llegó á Piedraita, partió á ver á su amigo Pelayo, para saber de él el suceso de la guerra. Dijéronle Arsenio y Silvano que ya habia muerto santamente su insignie compañero, y penetrado el corazon del conde del mas vivo sentimiento, entró en la ermita á pedir al Señor, que le asistiese contra el poder de los infieles. Detúvose en la oracion algun tiempo, y quedándose dormido se le apareció Pelayo entre celestiales resplandores, hablándole de esta suerte: *Levanta, conde, y vuelve á tu ejército, pues Dios te ha concedido cuanto pediste. Cree que vencerás á Almanzor, pero perderás mucha gente en la guerra; mas porque sirves al Señor de todo corazon, enviará en tu ayuda al apóstol Santiago, y á mí con una multitud de ángeles que apareceremos en el combate, llevando cada uno una cruz en su bandera, á cuya vista quedarán aterrados los moros, y te dejarán el campo.* Dispertó el conde lleno de alegría, y meditando sobre la vision, oyó una voz que le dijo: *Ve prontamente á comenzar la guerra.*

Manifestó el conde á sus soldados cuanto vió y oyó en la ermita de S. Pedro, y acometiendo á los moros como valientes leones, duró el reñido combate dos dias continuos con considerable pérdida de uno y otro ejército; pero habiendo aparecido al tercer dia el apóstol Santiago y Pelayo acompañados de una multitud de ángeles con las insignias que le predijo el bienaventurado eremita, vencidos á su vista los agarenos, consiguió el conde una de las victorias mas célebres que se refieren en los anales; de la que aunque dudan algunos criticos, es lo cierto que se halla apoyada por los escritores de mejor nota.

Los moros despues de la rota de Cascajares vinieron contra los ermitaños y los degollaron. El conde entonces se dedicó á labrar un monasterio á la ribera del rio Arlanza cerca de la ciudad de Lara, y en el año 912 otorgó la escritura de donacion á esta iglesia dedicada con la advocacion de S. Pedro y S. Pablo, donde estaban, dice, sus reliquias. Despues espresa además de los apóstoles á S. Martin obispo, en honor de los cuales estaba dedicada la iglesia, y da la villa de Contreras (llamada allí *Contrarias*) y lo demás que pertenecia á la jurisdiccion de la iglesia, al abad Sonna y sus sucesores, que debian guardar la regla de S. Benito.

En esta casa pues, con aprobacion de la Sede apostólica se da culto á aquellos tres Santos. En su sepulcro se puso un epitafio en versos leoninos segun el gusto del siglo XII, por el cual consta que ya entonces eran venerados de toda España, y debe suponerse que lo eran ya mucho tiempo antes que los pusiesen juntos en aquella arca.

Acerca del martirio de nuestros Santos han mediado algunas contradicciones. Aunque el rey D. Fernando I en una donacion que hizo á Arlanza el año 1042 llama á S. Pelayo *testigo de Cristo*, que es lo que significa la palabra mártir, y en otra del año 1062 le da nombre de mártir, es verosímil que estos documentos hablen no de nuestro monje, sino del niño S. Pelayo, esclarecido mártir de Córdoba que habia padecido á 26 de junio del año 925, del cual toda España procuraba tener reliquias desde que fué trasladado á Leon el año 967 á los principios del reinado de Ramiro III, mayormente constando de la memoria de las reliquias de Arlanza impresa por Sandoval, que aquel monasterio tenia huesos y cabellos de este santo mártir.

Lo que hay á favor del martirio de nuestros Santos es: 1.º una memoria que en el arca vieja de sus reliquias se halló en el año 1371; en la cual es llamada S. Pelayo *monje y mártir*. 2.º El testimonio de Fr. Alonso Chacon que en el libro de los doscientos mártires de Cardena, impreso en Roma el año 1594, pág. 62, dice que el capitan Zafa martirizó en S. Pedro de Arlanza á los santos Pelagio, Arsenio y Silvano, monges benedictinos de aquel monasterio. 3.º Una bula de Clemente VIII del año 1604 en que á todos tres llama mártires. 4.º Algunas pinturas antiguas que los representan dando la vida en defensa de la fe. 5.º La tradicion del mismo monasterio.

SAN PAMMAQUIO, CONFESOR.

FUÉ un senador romano y ornamento distinguido de la ilustrísima familia de los Camilos, segun que le llama S. Jerónimo, compañero suyo cuando jóvenes. Los que cuidaron de su educacion procuraron sazonar sus instrucciones con deleites para que adquiriese alguna aficion y gusto á los estudios, por lo que le condujeron por los resbaladizos pasos de la elocuencia; y tambien fué iniciado en la literatura sagrada. Habiendo salido de las escuelas en el año de 370, cuando S. Jerónimo se retiró al desierto, él entró en el senado, y con su virtud y talento ilustró aquel respetable cuerpo. Fué elevado á la dignidad proconsular, y casó con Paulina, hija segunda de Sta. Paula. El fué el primero que descubrió los impíos errores de Joviniano, y los delató al papa Siricio, quien condenó á aquel heresiarca en el año de 390. Las amistades principiadas en la niñez, y cimentadas con las simpatías de inclinaciones y de estudios, segun advierte Quintiliano, son por lo comun las mas agradables, y esceden á todas las demás, especialmente si están cimentadas

en virtud. Así fué la union de los corazones de S. Jerónimo y Pammaquio. El último ayudó al primero en sus obras contra Jo-
viniano, y le consultó muchas veces en sus propias dificultades. La jóven Paulina murió en el año de 393, á los cinco años no completos de su matrimonio; y Pammaquio despues de ofrecido por ella el santo sacrificio segun costumbre, dió comida á todos los pobres de Roma, como dice S. Paulino, que concluye su carta de este modo: «Vuestra esposa es ahora una prenda y un poderoso medianero con Jesucristo por vos. Tantas bendiciones os ha obtenido ahora del cielo, como tesoros suyos habeis repartido en la tierra, no honrando su memoria con inútiles lágrimas, sino haciéndola partícipe de estos vivos dones: ella es honrada con el mérito de vuestras virtudes: se alimenta con el pan que habeis dado á los pobres, etc.» S. Jerónimo dice, que Pammaquio regó sus cenizas con el bálsamo de las limosnas y de la misericordia, que alcanzan el perdon de los pecados: que desde el tiempo de la muerte de ella, hizo al ciego, al cojo, y al pobre sus coherederos, y herederos de Paulina; y que jamás salia de su casa sin ir acompañado de una tropa de aquéllos. Pammaquio, pues, erigió un hospital para estranjeros en el Puerto Romano, y asistia con sus manos al pobre y al enfermo: con sus cartas convirtió á todos sus arrendatarios, vasallos, y feudatarios de sus vastos estados en Numidia, del cisma donatista á la comunión católica; cuyo zelo mereció una carta gratulatoria del grande san Agustin en el año de 401.

No parece en parte alguna que este Santo se hubiese jamás ordenado, como imaginaron algunos modernos; pero vivió retirado del mundo, dedicado enteramente á los ejercicios de devoción, penitencia y caridad. Murió en el año de 410, un poco antes del saqueo de Roma.

La misa es en honor de Sta. Rosa, y la oracion la que sigue:

O Dios omnipotente, liberal dador de todos los bienes, que quisistes que floreciese en las Indias con el decoro de la virginidad y la paciencia la bienaventurada Rosa, prevenida con el rocío de la gracia celest-

tial: concede á nosotros, siervos tuyos, el que corriendo tras el olor de su suavidad, merezcamos hacernos buen olor de Jesucristo: quien contigo vive y reina por los siglos de los siglos.

La Epístola es del cap. 10 y 11 de la segunda á los Corintios, y la misma que el dia xii, pág. 194.

REFLEXIONES.

La caridad, la dulzura, la humildad y la paciencia, fueron siempre el carácter de los escogidos de Dios; y con especialidad la caridad. Por tanto el Apóstol, que da á los fieles tan importante leccion, quiere sobre todo que la caridad, que es el vínculo de la perfeccion, reine en sus corazones, y que se destierre de ellos toda division. Y pues todos profesan una misma ley, pues á todos anima un mismo espíritu, pues todos siguen una misma doctrina, pues todos veneran un mismo Evangelio, practiquen todos poco mas ó menos unas mismas virtudes. Por esta señal, por este retrato ¿se conocerán en el dia de hoy muchos cristianos fieles? Segun Jesucristo, la caridad reciproca, la caridad benéfica es el distintivo de los escogidos de Dios; ¿y qué, es ella nuestro distintivo? Los zelos, la envidia, el odio, la division reina en casi todos los corazones. Ni la afinidad, ni el enlace, ni el mas estrecho parentesco bastan para producir una verdadera dileccion: esta es forastera, es peregrina en todo el mundo, y es milagro si se encuentra en algunas pocas familias. El interés, la ambicion y la codicia introducen en todo la confusion, la inquietud y la division: siendo esto así, ¿se podrá decir que la paz de Jesucristo triunfa en nuestros corazones?

No parece si no es que el desórden ha adquirido derecho de prescripcion segun ha estendido su dominio, y lo pacíficamente que reina. Mas con todo la religion nunca se muda; el Evangelio siempre es el mismo. La Iglesia no nos da otras lecciones que las que daba S. Pablo á los colosenses: la misma ley, los mismos mandatos, y la misma doctrina; ¿pero podremos decir con verdad, que son unos mismos los fieles y una misma la inocencia de sus costumbres?

Prevencion es del Apóstol que la palabra de Dios debe habitar abundantemente en los que profesan la religion de Jesucristo. Y bien: ¿logra en nosotros la palabra de Dios esta permanente posesion? Es cierto que se lee, que se predica, que se oye; ¿pero qué, se obedece? Ella convirtió en otro tiempo á todo el universo; ¿mas en el dia de hoy reforma muchas familias? Es innegable que este grano celestial de la doctrina de Jesucristo no tiene menos virtud en estos últimos tiempos que tuvo en los primeros siglos; pero el terreno está hecho un erial; las pasiones lo desecan; no está cultivado; y así no sabe producir mas que espinas y abrojos. Miremos con los ojos del alma el retrato que hace S. Pablo de los cristianos de su tiempo; y se verá con dolor la

diferencia que hay entre fieles y fieles: ¡y en medio de tan enorme desproporcion se vive tranquilamente! ¡se alegran, se divierten los cristianos! ¿Pero quién causa en nosotros esta seguridad?

El Evangelio es del cap. 25 de S. Mateo, y el mismo que el día XII, pág. 196.

MEDITACION.

De la santidad.

PUNTO PRIMERO.—Considera que solo tenemos una fortuna que hacer; esta es la de hacernos santos. La santidad es el único objeto digno de un corazon cristiano: imagina otro bien mas real; busca otra gloria mas sólida; discurre otra fortuna mas llena, ni en que intereses mas. Sin embargo, este es el único bien de que no hacemos caso por correr tras de fantasmas y quimeras.

¿De qué le servirá á un hombre un instante despues de la muerte, y aun una hora antes de morir? ¿de qué le servirá haber sido rico y poderoso; haber gozado todas las honras y todos los gustos si pierde su alma? Y si es santo, ¿se le tendrá entonces lástima porque fué pobre, porque vivió humillado, abatido y despreciado de todo el mundo? ¡Y será posible que esta santidad no despierte jamás nuestros deseos ni nuestra resolucion!

Ser santos es ser siervos de Dios; ¿dónde hay título mas hermoso? ¿dónde se encontrará mejor ni mas digno amo? Pero aun hay mas. Ser santos es ser amigos de Dios; hijos de Dios; es ser dichosos, y eternamente dichosos con la bienaventuranza del mismo Dios. No son ya todos los bienes juntos los que únicamente posee el que es santo; posee la fuente y el manantial de los mismos bienes. No es ya, hablando en rigor, la alegría del Señor la que entra en el corazon de los santos; seria este un espacio demasíadamente estrecho, escesivamente ceñido: el alma de los santos es la que entra, y la que deliciosamente se pierde, por decirlo así, en el abismo de la alegría del Señor; esto es, en las delicias y en la bienaventuranza de Dios.

Imagina todo cuanto puede contribuir en el mundo á que un hombre sea perfectamente feliz: junta todos los tesoros del universo, toda la magnificencia de los grandes, todos los honores, gustos y diversiones del siglo: reduce á una sola todas las coronas de la tierra para formar un solo monarca del orbe; destierra

tambien de esta idea de felicidad todo cuanto puede ocasionar molestia, por mas que sea inseparable de las miserias de esta vida; pero nunca podrás apartar de tí la certidumbre de que algun día has de morir, y este solo pensamiento derrama una amarguísima hiel en todas las alegrías de este mundo. Pero la santidad lleva consigo una felicidad pura, eterna, sin temor de perderla jamás. Esta será mi suerte si me salvo; esta será mi herencia; ¡y será posible que se dirija á otro objeto mi ambicion! ¡será posible que sea de mi gusto cualquiera otro placer! Puedo ser amigo de Dios por toda la eternidad, ¡y todavia pienso en otra fortuna!

¿Pero en cuál? En un empleo, en una ocupacion que me levanta algunos graditos mas para hacer mas sensible mi caída; en una distincion que me ha de granjear cien envidiosos; en amontonar bienes á costa de grandes sudores para un heredero ingrato, impío y disoluto; ¡y no pienso en ser santo!

¡O Señor, y qué vergüenza! Mas, ¡oh, y qué dolor el haber pensado hasta aquí en todo lo demás menos en esto! ¿Y será posible que la única cosa de que nunca me he acordado, y que quizá he menospreciado tambien, ha sido vuestra amistad, dulce Jesus, salvacion y gloria mia?

PUNTO SEGUNDO.—Considera que solo estás en la tierra para gozar la misma suerte que los bienaventurados del cielo. Grande es su recompensa; pero no es menor la que nos ofrece Dios: ellos son santos; tambien nosotros estamos en este mundo para serlo. ¡Y podemos, Dios mio, pensar en otra cosa que en ser lo que debemos! ¿Es ser prudente, es siquiera tener seso el despreciar semejante fortuna?

¿Es acaso el trabajo de ser santos lo que nos retrae de serlo? Pues qué, ¿cuesta el cielo mas de lo que vale, y mas de lo que merece la posesion del mismo Dios? Las dificultades aterran, el trabajo desalienta. Temores vanos, terror pánico, dificultades imaginarias que se desvanecen solo con dar principio á la carrera. Pero pregunto: ¿Y no cuesta trabajo el hacerse rico, el conseguir el empleo, el subir dos escalones mas? ¿no cuesta trabajo el fabricarse una fortuna quimérica? ¡cuánto hay que padecer! ¡cuántos disgustos, cuántos desaires se han de devorar! ¡qué de bocados duros se han de digerir! ¿qué fortuna hubo jamás tan brillante, que mereciese los desvelos, las fatigas, los afanes, las humillaciones y los sonrojos que costó el llegar á ella? No hay en el mundo camino que no esté sembrado de espinas, cubierto de abrojos, lleno de barrancos; y á nadie acobarda todo este monton de dificultades.

Cuesta trabajo el ser santo, es verdad; se han de mortificar las pasiones, se han de sufrir muchos combates, y es preciso vencer; pero tambien se ha de confesar que derrama Dios en el corazon de sus amigos ciertos secretos consuelos que suavizan mucho su yugo. Hallanse cruces en el camino de la santidad; pero son muy dulces sus frutos. ¿Qué abundancia de dulzuras celestiales no se experimentan entre los rigores de la mas severa penitencia? Pero supongamos que solo se hallase mucha amargura en el cáliz, y que solo se tropezasen espinas en el camino, ¿habria que deliberar cuando se trata de una eterna felicidad, ó de una eterna dicha?

¿Juzgaron por ventura los santos que se compraba la santidad á precio muy excesivo? ¿costó demasiado á S. Fiaco? Sacrificó lo mas grande, lo mas brillante, lo mas halagüeño, lo mas tentador que se encuentra en este mundo. No hay cosa que tanto lisonjee como el trono, no la hay mas preciosa que la majestad, ninguna hay mas considerable que una corona. ¿Y se arrepintió el Santo á la hora de la muerte de haber preferido su amada soledad al cetro de Escocia? Pero, ¿y debió de arrepentirse? ¿en qué hubiera parado si hubiera muerto en el trono? ¡Ah! en lo que tantos otros monarcas, de quienes no ha quedado ni aun memoria de su nombre. Fué santo; y por haberlo sido, no solo es la veneracion, sino la envidia de los pueblos. ¡O mi Dios, y qué erradamente juzgamos! Pero siendo tan desacertados nuestros juicios, todavia lo son mas nuestras obras.

¡O dichosa suerte de los santos! Haced, Señor, que el ardiente deseo que tengo de lograrla, sea eficaz por vuestra divina gracia. Vos quereis que yo sea santo; tambien yo lo quiero ser, y estoy resuelto á vivir como los santos vivieron.

JACULATORIAS.—¡Oh, y cuánta verdad es que una sola cosa nos es únicamente necesaria! (*Luc. 10.*)

Dichoso aquel que toma el gusto á estas verdades, y que solo desea ser santo. (*Psal. 126.*)

PROPOSITOS.

1 No te contentes con amar, con estimar la santidad, y con alabar á los santos. A esto se reduce todo el fruto que por lo comun se saca de las reflexiones que se hacen, y de los panegíricos que se oyen de sus virtudes. Toma desde luego una eficaz resolucion de imitarlos, y de trabajar en esta grande obra sin intermision y sin tardanza. Da principio á ella examinando si hay

en tí algun estorbo para la salvacion. ¿Estás en aquel estado á que te llama Dios? ¿no sientes alguna inclinacion, alguna aficion, alguna comunicacion poco inocente? Tus ocupaciones, tu misma ociosidad, tus hábitos, tus amigos y tus diversiones, ¿te servirán acaso de algun impedimento? No dejes pasar el dia sin cortar y sin reformar todo aquello que pueda perjudicar á tu verdadera fortuna. Consulta con tu director cuál es tu pasion dominante: este es el enemigo mas formidable de tu salvacion; y así, no hay que pensar en hacer nunca con él paces ni treguas, ni en darle jamás cuartel.

2 No basta quitar todos los estorbos de la santidad; es menester aplicar todos los medios para ser santo, y poner desde luego manos á la obra. Examina, pues, los puntos siguientes. Primero: ¿Cumples exactamente con tener todos los meses un dia de retiro, y con visitar todos los dias el santísimo Sacramento? Segundo: ¿Qué tiempo dedicas á los ejercicios espirituales y á la práctica de las buenas obras? Tercero: ¿Qué fruto sacas de la frecuencia de sacramentos? Cuarto: ¿Cómo cumples con las obligaciones de tu estado? Ten presente que en el puntual cumplimiento de estas obligaciones consiste el medio principal de hacer grandes progresos en la virtud. Quinto: ¿Visitas y socorres á los pobres? Jesucristo solo hace mencion de las obras de misericordia cuando habla de los siervos que han de entrar en los gozos del Señor. Sexto: La vida de los santos es la mejor y la mas práctica leccion para todo género de gentes. Hubo santos de todas edades, de todas clases, de todos estados y de todas condiciones: escoge alguno de ellos para especial protector tuyo, y para que te sirva de modelo. El mejor modo de merecer la proteccion de los santos es imitarlos: nunca leas sus vidas sin animo de practicar alguna de sus virtudes.

DIA XXXI.

MARTIROLOGIO.

SAN RAIMUNDO NONNATO ó NONACIDO, cardenal y confesor, del orden de Sta. Maria de la Merced, Redencion de cautivos, en Cardona, pueblo de la diócesis de Solsona en España; esclarecido en santidad de vida y en milagros. (*Véase su vida en las de hoy.*)

EL TRÁNSITO DE SAN PAULINO, obispo, en Tréveris; el cual en tiempo de la persecucion arriana, por defender la fe católica fué desterrado por el emperador Constancio arriano; y de destierro en destierro lo fueron llevando hasta las tierras en donde no se conocia el nombre cris-